

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LOS GOUPI

POR
PIERRE VÉRY



Cuenta la historia de una familia de campesinos astutos, los Goupi. El padre Goupi trajo de vuelta a su hijo a París, supuestamente para convertirse en un hombre importante y han ganado una buena posición, con la intención de casarse con su prima. Pero los celos de otro de sus primos, frente al recién llegado a la ciudad, será a la noche de su llegada cuando unos crímenes inexplicables siembran el pánico y la duda dentro de la familia.

LOS GOUPI

Pierre Véry

*Al señor Louis-Daniel Hirsch,
amistoso homenaje
P. V.*

I

LA CASA DE LOS GOUPI

El tren trasportaba una docena de pasajeros: tres campesinos con sombrero de paja, cuatro en blusa, algunos cazadores a cuyos pies dormitaban unos perros y, solo, en el vagón único de «primera y segunda», un joven distinguido que se estaba arreglando las uñas.

Corría el año 1920; setiembre tocaba a su fin. Aunque no eran más de las ocho, ya se había hecho de noche. El cielo estaba cubierto. A veces, la luna emergía de una nube, como de un saco, para sumergirse enseguida en otra. Su resplandor hería furtivamente los álamos que flanqueaban la vía férrea, trasformando en fantasmas sus elegantes siluetas.

El joven frotábase las uñas en la solapa de la chaqueta. Su cara era redonda y ampulosa, la nariz chata. Una delgada línea de vello sombreaba su labio superior.

Llevaba un traje castaño. La chaqueta exageradamente ceñida; la raya del pantalón caía impecable. Pañuelo de seda, zapatos con polainas, camisa blanca de poplín de seda, cuello duro, corbata moteada, bastón, guantes.

El tren silbó. Acababa de aparecer una luz por delante. Muy baja, hacía pensar en una linterna olvidada en pleno campo.

Rápidamente el joven se alisó el pelo fuertemente perfumado al clavel. Su espejo de bolsillo le devolvió la imagen de un imbécil pretencioso; él sonrió a esta imagen.

Un sacudimiento brutal lo impulsó hacia adelante. Otro, lo lanzó hacia atrás, y el tren quedó inmóvil. Desde el andén, un empleado anunciaba con voz cantante una estación del sudoeste de Francia, perdida en medio del campo:

—El Correo Fracasado, El Correo Fracasado.

El joven retiró del portaequipaje una valija de fibra y saltó al andén. Era el único pasajero que descendía en esta estación. Llegaba de París.

En cuanto hubo franqueado el portillo y se encontró sobre la ruta, vaciló. La noche se espesaba. Algo como un misterio hostil envolvía todas las cosas.

—Entonces, ¿qué? ¿Nadie?...

Ninguna casa por las proximidades. Ni siquiera una miserable posada. Ninguna luz, salvo la claridad pegajosa suministrada por las lámparas de aceite de la estación de El Correo Fracasado. Maquinalmente, el viajero hacía pasar su valija de una mano a la otra.

—¡Diantre! ¡Se imaginarán ellos que yo voy a hacerme quince kilómetros a pie! ¡No, gracias! ¡Voy a pedir hospitalidad al jefe de la estación!

En ese instante, un resplandor surgió de la oscuridad. Un hombre estaba encendiendo un cigarrillo con un encendedor. Sus pupilas se iluminaron con brillo duro.

El personaje avanzó. Era inmenso, cuadrado. Una piel de cabra que le caía hasta los talones hacía su estatura más impresionante aún.

—¿Eres tú, Señor? —preguntó.

—Soy Eugène Goupi —respondió con importancia el interpelado, molesto por el tuteo—. ¿Es usted un sirviente?

Le tendió la valija; el coloso no hizo ningún gesto para desembarazarlo de ella.

—¿Es que usted es sordo?

La luna iluminó de pronto el rostro de los dos hombres. El que estaba fumando aparentaba tener algo más de cincuenta años: su cara era inquietante.

—Soy tu tío —declaró—. De lo que no me siento muy orgulloso: ¡tu cabeza no me agrada!

Y escupió.

—Estás extravagantemente vestido y hueles como una mujer liviana. ¡En fin, hay que tomar a los sobrinos como vengan! —y agregó—: Me llaman Manos Rojas.

Lo arisco de este recibimiento, la ironía de este tío arrogante de sobrenombre siniestro, la ausencia de vehículos, la noche, el viento, la luna que dejaba ver a intermitencias un paisaje desolado de llanuras, de brezales, de bosques, todo esto hacía perder los estribos al parisiense.

—Su acogida no es muy calurosa, tío. Gracias de todos modos por haberse molestado. Pero, dígame, ¿vamos a hacer el camino a pie?

—Albert nos espera en el camino.

—¿Albert?

—Es mi caballo.

A lo largo del sendero en pendiente, Goupi Manos Rojas avanzaba a grandes zancadas.

El sobrino lo seguía, tropezando en cada bache.

—¿Qué edad tienes ahora, Señor?

—Veintisiete años, tío.

—Te dispenso de llamarme tío. Llámame Manos Rojas como todo el mundo. Cada uno tiene su sobrenombre en la familia. El tuyo es «Señor». «Goupi Señor». Tendrás que acostumbrarte a ello si quieres quedarte.

El bastón del sobrino sonaba sobre el pedregullo.

Alcanzaron el camino departamental; Albert, un potente boulonnais, relinchó. Ladridos furiosos resonaron.

—¡Quieto, Satán! —ordenó Manos Rojas—. ¡No es más que Señor!

El perro, un animal grande de pelaje negro, se tranquilizó. Todo lo que se podía distinguir de él en la oscuridad era el fuego verde de sus pupilas.

—¡Eh!

El carruaje se estremeció.

—Así que tienes veintisiete años. Cuando dejaste la región tenías...

—Ocho años. No volví más. Mi padre...

—Ya sé. La ambición de tu padre era hacer de ti un señor. ¡Un señor de ciudad! ¡Temía que los aires de por aquí te echaran a perder! No eran del gusto de tu madre. Pero, suficiente. «El silencio es oro», como diría Refrán.

El modo de andar de Albert recordaba el de su amo: lento, regular, seguro, y Manos Rojas no soñaba en apurarlo.

De nuevo la luna. Manos Rojas estudió una vez más el semblante de su sobrino.

—Mi opinión es que tu padre ha tenido éxito en el golpe. ¡Eres un acabado Señor! No se podría decir que has robado tu sobrenombre.

El joven se irritó.

—¿Y usted ha robado el suyo?

En la pálida claridad, Manos Rojas, con las riendas metidas entre las rodillas, mostró sus enormes puños.

—¡Juzga tú mismo!...

Por un momento anduvieron sin hablar.

El camino estrecho seguía sinuoso en pleno bosque. No se oía más que el ruido de los cascos del caballo sobre la tierra dura, y los sordos gruñidos de Satán acostado en el fondo del carricoche, y, de tiempo en tiempo, el crujido de una rama muerta cayendo de un árbol, o el grito de un gazo cogido en una trampa. El viento no cesaba de bramar una especie de queja monótona y lúgubre. Se diría una voz sobrenatural que en la lejanía no se cansaba de modular el nombre de Manos Rojas, rojas, rojas...

Goupi Señor temblaba bajo su impermeable.

En la pantalla de la noche se destacaron luces pálidas. Estaban llegando a un poblado.

—La *Maugrange*. «La Granja de la Desgracia», como también se la llama. En cinco años hubo tres epidemias de fiebre aftosa en esta aldea.

—¿Cómo es posible?...

—¡Fui yo quien lanzó sobre ella la enfermedad!

Goupi Señor se sobresaltó; el perro lanzó un gruñido. Manos Rojas se burló.

—¿Estamos lejos aún de la casa?

—Unos buenos diez kilómetros. Pasados los Molinos, podrás decir: «Estoy en la tierra de los Goupi». Pero aún no estamos en los Molinos. Entonces, ¿no te acuerdas nada de la región?

* * *

A ocho kilómetros de allí, en una inmensa habitación rústicamente amueblada, que hacía de comedor y de cocina a la vez, se encontraban ocho personajes: tres hombres, cuatro mujeres y un chico.

Estaban esperando. Esta espera tenía una doble causa. La llegada de Goupi Señor, y el alumbramiento inminente de una vaca que estaba por tener cría.

La luz de una lámpara de petróleo alargaba sobre el piso y las paredes las sombras que hacían bailar las llamas de un fuego de leña.

Seis de estas personas permanecían sentadas en semicírculo ante la chimenea.

Dos cazuelas de hierro colado estaban suspendidas de cremalleras. Sus tapas se levantaban de cuando en cuando para dejar pasar un soplo de vapor.

En la habitación flotaba un olor de dulce y de tocino.

Una mujer corpulenta, a la que tres polleras, un vestido de género grueso y dos delantales le daban un aspecto monstruosamente voluminoso, se ocupaba de levantar lo que quedaba de la comida, mientras que el octavo personaje continuaba comiendo. Este era un viejo alto y seco enfundado en una áspera blusa negra a tablones, que lo mantenían rígido. Estaba quebrado en dos casi en línea recta:

su aspecto sugería la imagen de una guadaña. Era enteramente calvo.

En un rincón, un antiguo reloj de pie marcaba los segundos. Se veía tras el vidrio redondo pasar y pasar el disco de cobre del péndulo majestuoso y brillante como una luna llena.

El viejo, con la punta de una navaja de bolsillo, picoteaba en un plato restos de queso roquefort. A veces, los pedacitos se caían de la punta del cuchillo antes de llegar al bocado de pan. El viejo no lo advertía. Era casi ciego. Que el pan estuviera o no cubierto de estos trocitos de queso, no menguaba la satisfacción con que él lo comía.

—¡Dulce Jesús! —suspira una mujer flaca de rostro puntiagudo.

—¡No eres razonable, Emperador! ¡Comes demasiado!

—«Todo lo que entra cría barriga», como diría Refrán —replicó el viejo con quebrada voz de cabra.

Alargó la mano y tanteó en busca de un vaso. Gimió:

—¡Ah, Dios mío! ¡Mis pobres ojos! ¡Qué desgracia!

Bebió un sorbo de vino. Para tragarlo, levantó la cabeza y estiró el pescuezo como las gallinas. Se veía la manzana de Adán, subiendo y bajando.

Reconfortado por esta libación, canturreó:

Comeremos todo,
los clavos y las tachuelas

—Esto se cantaba en la guerra durante el sitio —comentó el viejo.

¿El sitio? ¿Qué sitio? ¿La guerra? ¿Qué guerra?

Naturalmente, no la de 1914 ni de la campaña de Marruecos. ¿Es la de Madagascar? ¿O la de Tonkín? ¿O el sitio de París del 70? ¿A menos que él no haga alusión a la campaña de África, en la batalla d'Isly en 1844, en la que recibió una bala en los riñones que lo dobló en dos por el resto de sus días? (Lo que no le impidió tirar contra los prusianos

en el 70). ¿O tal vez hable de la guerra de España, de la toma del Trocadero? Con él, ¿cómo saberlo? ¡Ha visto tantas guerras!

Había nacido el 31 de marzo de 1814, día de la capitulación, cuando los Aliados entraban en París.

¡Actualmente tenía ciento seis años!

A causa de la devoción que profesó siempre por Napoleón, se le llamó Emperador. Goupi Emperador.

El reloj dio las nueve menos cuarto.

Un gigantón, con grandes bigotes, alerta y ágil a pesar de sus sesenta y nueve años, depositó sobre su cráneo un sombrero mugriento y hundió el calzado de badana dentro de los chanclos de madera.

—Voy a ver la vaca...

Se oyó afuera su paso pesado. Poco después volvió y dijo:

—¡Aún hay para una hora!

—Van a ver cómo el ternero y el sobrino llegan al mismo tiempo —dijo Emperador.

Tosió, escupió sobre el piso, y luego, para limpiarlo, lo frotó un rato con la suela de su zapato. ¡Valga la intención!

—En este momento, los viajeros no deben de andar lejos de *Maugrange*.

Y suspiró:

—¡La *Maugrange*! ¿Habrán visto la miseria de esta aldea? Me acuerdo del incendio del mes de agosto...

—¿El mes pasado?

—Hablo del mes de agosto de mil ochocientos veinticuatro, hace noventa y seis años. Ese pobre tonto de Carlos X era rey de Francia. Lo veo todo como si fuera ayer. En julio hizo mucho calor. Bruscamente el viento viró. «Lloverá», dijo mi pobre madre, y en efecto, desde el día siguiente, un chaparrón...

Nadie prestaba atención a este chocheo.

Las historias de Emperador habían sido oídas veinte veces, y se las conocía de memoria.

Y luego, los acontecimientos relatados acaecieron hacía cien años. ¿Qué interés había en ellos?

El viejo limpiaba cuidadosamente su navaja en una miga de pan. Ese cuchillo que él poseía desde haría unos cuarenta años era de un acero extraordinario. Lo había vuelto tan afilado como una navaja, a fuerza de afilarlo durante horas, junto al fuego.

Lo cerró. En ese preciso momento se oyó un maullido sobreagudo. Después de unos minutos, un gatito saltó sobre las rodillas de Emperador y comenzó a afilar sus uñas en el pantalón.

La desgracia quiso que la hoja del cuchillo se plegara bajo la acción del resorte potente, al tiempo que se atravesaba la punta de la cola del gatito. Se la tronchó de cuajo.

* * *

En el carricoche que el caballo Albert arrastraba con su paso igual, Manos Rojas y Señor seguían cada uno el hilo de sus pensamientos.

—¿No te acuerdas, pues, nada de la región? —había dicho Manos Rojas.

Si Señor no había conservado en su memoria nada de la topografía del lugar, estaba en cambio perfectamente informado de la genealogía de su familia, esos Goupi, que una vieja tradición prefería que se llamasen entre sí por apodos, en vez de nombres.

Semejante a un escolar que dispone en el pizarrón el árbol genealógico de la Casa de Francia, el joven simulaba escribir en el cielo tenebroso, por orden genealógico, los nombres de los Goupi como si repasara una lección de historia.

La familia Goupi...

Al principio de todo estaba Goupi Alforjas, el hombre sin ton ni son, el hombre del camino, uno de esos merca-

chifles equívocos que antaño recorrían esos pueblos, ofreciendo objetos de contrabando, tabaco, pedernales, almanaques, endechas ornadas de figuras, hilo, agujas... Alforjas tuvo un hijo. El *sans-culotte* Goupi Manos Rojas, quien en 1793, si se da crédito a la leyenda, había puesto sus manos en la sangre de María Antonieta. De este Manos Rojas provenía la propiedad actual. La República le había otorgado estas tierras en agradecimiento por haber llevado unos cuantos nobles a la guillotina.

Manos Rojas tuvo tres hijos: Goupi Emperador, el herido en Isly; Goupi Hombre Santo, que entró en la religión y murió de apoplejía; Goupi Las Suertes, un curandero bastante avezado en el conocimiento de las plantas que curan y sobre todo (se murmuraba) de aquellas que matan...

Los datos desfilaban por la cabeza de Señor: Manos Rojas, el antepasado, 1773-1863; Hombre Santo, 1820-1900; Las Suertes, 1826-1880. En cuanto a Alforjas, nada se sabía. Ni el diablo podría dar datos sobre su nacimiento o sobre su muerte, de dónde venía, ni dónde debió terminar sus días. Un hombre de ninguna parte. Una leyenda.

Emperador había tenido dos hijos: Goupi Refrán, actual jefe de la familia, que no se expresaba más que en proverbios, y Goupi La Ley, un gendarme retirado.

Continuando, se encontraba a Goupi Dulce Jesús, tía de Señor, una vieja solterona beata y autoritaria, que tomó la dirección de la casa, a la muerte de la mujer de Refrán, y su hermano Goupi Mis Cuartos, un avaro que tenía un mesón a cincuenta metros de la casa de los Goupi, con su mujer llamada Goupi Gaceta, pues era el diario parlante del cantón; una charlatana incontenible.

Viniendo de la rama mayor, que no traía más que cómicos pájaros, se llegaba a Goupi Manos Rojas II, llamado así porque era el calco del retrato del Goupi Manos Rojas de la Revolución. A su lado estaba la más tierna de las figuras: Goupi La Muerta, llamada en vida Goupi La Bella, porque era linda como los ángeles, y cuyo fin lamentable había sa-

curioso fuertemente las imaginaciones. En 1884, cuando iba a cumplir los veinte años, la sacaron muerta de un pozo artesiano. La justicia opinó que se trataba de un suicidio. Pero el rumor popular sostenía que fue su hermano el culpable, quien se desembarazó de ella de esta manera por cuestiones de dinero.

Siempre sobre la rama mayor, se encuentra Goupi Carroza, bautizado burlescamente de esta guisa pues era más pordiosero que Job, y lo contrario hubiera sido sorprendente, teniendo en cuenta que este Carroza había vivido toda su vida como un perfecto holgazán, capaz de ganarle en pereza al lirón. Murió en las inmediaciones de Reims en 1915, en el campo de honor, ¡pobre perro!

Después de Carroza, venía su digno hijo Goupi Tonkín, mala cabeza, de rostro curtido. Tonkín había prestado servicios en las Colonias y volvió de allí con un color algo azafrañado, los ojos amarillos, el hígado descalabrado, ataques de paludismo que cortaba con quinina. No hablaba más que de canela, opio y etc. ¡Un inservible!

Por fin, Goupi Muguete, hija de Refrán, nacida en la época de las cerezas en el año 1900, un mes antes de la muerte de Hombre Santo. Goupi Muguete es la punta extrema de la rama mayor.

Fue para reencontrar esta pintoresca familia por lo que el viajero llegó de París. Había un proyecto de unión en el aire. Un complot para casar a Señor con su prima Muguete.

El joven sonrió. Luego, sin transición, frunció el ceño. ¿Manos Rojas tenía el poder de leer el pensamiento?

—¿Qué piensas tú de este casamiento?

—Yo no he visto a Muguete más que una vez, cuando estuvo con su tía en París. La encontré graciosa, pero entonces no era más que una chiquilla.

Llegaban a las proximidades de un cementerio: el tío mostró una llama pálida sobre una cruz negra. Era un fuego fatuo.

—¿Crees en los aparecidos?

—¿Está bromeando?

—¡Es justo! En las ciudades se burlan de estas cosas.

—¿Quiere decir que cree en ellos?

—Eso es asunto mío. No olvides que soy hijo de Las Suertes, el brujo. Todo el mundo podrá contarte que practico la magia negra...

Rio, mostrando los dientes. Los ojillos le brillaban en el semblante porcino.

Señor no se sintió sino a medias seguro.

—Este cementerio —prosiguió Manos Rojas— me recuerda que mañana voy a tener trabajo.

—¿Qué...?

—Tengo que cavar una fosa. Porque no soy únicamente bandido y brujo. Soy sepulturero, y soy yo quien despacho a los difuntos bajo tierra —y dirigiéndose al caballo—: ¡Eh, Albert! ¿Hemos conducido difuntos? —Luego filosofó—: La existencia es curiosa, Señor. Hoy te conduzco vivo. Mañana tal vez te llevaré muerto.

—No hay prisa —comentó áridamente el joven.

En un recodo del camino se toparon con un campesino envuelto en una larga blusa de carretero. Los miró fijamente, quedando inmóvil, y al verlos alejarse gritó a Manos Rojas:

—¡Asesino!

Manos Rojas extendió la mano derecha en dirección del individuo; replegó tres dedos; y con el índice y el meñique erguidos hizo un signo como si estuviera echando una maldición.

Enseguida, alzándose de hombros, explicó:

—Este año perdió un hijo, por la escarlatina, y un ternero, por el carbunco. Él dispersó a todos los vientos que fui yo quien atrajo la desgracia a su casa, para vengarme de una ofensa. ¡Aún le llegarán inconvenientes este año y yo no me asombraré!

En voz bien alta y mostrando irónicamente sus dientes, aún se jactó de esta manera: